



Otros dueños del bosque: creencias de algunos grupos indígenas y afrocaribeños de Honduras

Isabel Pérez

RESUMEN

En el presente artículo la autora analiza diferentes aspectos de la relación con la naturaleza de grupos indígenas y afrocaribeños de Honduras, principalmente de misquitos, lencas y garífunas.

Se describe el significado de la montaña, el pago por el uso de los recursos naturales y las relaciones de respeto y reciprocidad entre los humanos y los "seres culturales" de la naturaleza. Se enfatiza que los mitos y creencias son elementos que pueden ayudar a frenar la destrucción de los recursos naturales. Los mitos definen normas de conducta y explican las relaciones que el ser humano debe tener con la naturaleza y sus semejantes.

SUMMARY

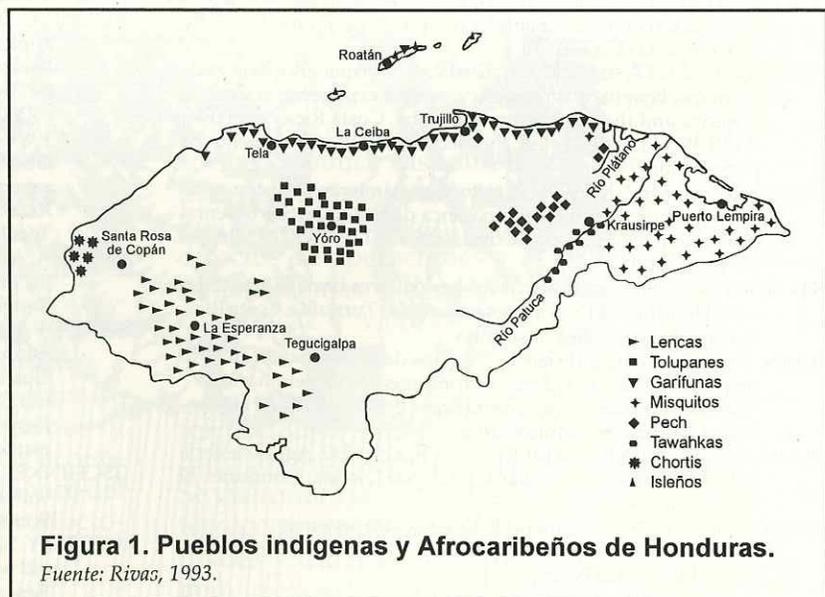
Other owners of the forest: beliefs of some indigenous and Afro-Caribbean groups in Honduras. In the present article the authoress analyzes different aspects of the relations with nature of some indigenous and Afro-Caribbean groups in Honduras, principally misquitos, lencas and garífunas.

It describes the meaning of montain, the payment for use of the natural resources and the relations of respect and reciprocity between the human being and the "cultural beings" of nature. It is emphasized that the myths and beliefs are elements that can help to stop the destruction of natural resources. The myths define behavioral norms and explain the relations that the human being must have with nature and with his fellow man.

Palabras claves: indígenas; población humana; recursos naturales; Honduras.

En el mundo contemporáneo occidental, cuando hablamos del bosque, nos viene a la mente los usos que se hacen de él con el fin de satisfacer necesidades materiales de nuestro diario vivir. Este valor utilitario del bosque es el más reconocido por los técnicos entrenados para explotarlo o protegerlo, pero su valor trasciende lo utilitario y abarca la ideología de los pueblos; esa relación con la naturaleza ocupa un espacio importante en las tradiciones y en la explicación local de la realidad.

Esta relación de reciprocidad entre los seres humanos y la naturaleza permanece con mayor claridad entre los pueblos indígenas del continente, pero influye, en mayor o menor grado, también a la población mestiza. La autora opina que, como medio de rescate cultural y ecológico, es necesario entender la relación indígena con la naturaleza, respetarla y promoverla. Además, la relación entre los pueblos indígenas y la naturaleza puede ser utilizada como buen ejemplo para las poblaciones mestizas de nuestros pueblos; se puede considerar como una sanción que ayuda a frenar la extracción desmedida de los recursos naturales. En este artículo se describen algunas variaciones locales de dicha relación, principalmente, en pueblos indígenas y afrocaribeños de Honduras, que son cazadores y recolectores (Figura 1, Cuadro 1).





En la mayoría de los pueblos indígenas y afrocaribeños existe el concepto de que los elementos de la naturaleza poseen un dueño o guardián. Todos los animales del bosque tienen su dueño. Aquellos más apetecidos como alimento por el ser humano, por ejemplo, el venado o el chanco de monte, son protegidos por un animal de su misma especie, conceptualizado como el más grande, bello y ágil: el ideal, la imagen perfecta de esa especie. Un cazador sabe que ha visto al dueño de ese animal porque es muy difícil, casi imposible cazarlo.

Los garífunas, que habitan a lo largo de la costa atlántica de Honduras, creen que solamente un cazador experto podrá matar, con un solo tiro, al rey de los venados; otros, no tan hábiles, aunque disparen varias veces, nunca conseguirán el animal. El cazador que logra matar al rey será premiado con la posibilidad de cazar venados a lo largo de su vida. Esta misma creencia se aplica a otras especies, como los peces.

Los lencas, ubicados en el norte y pacífico del país, creen que aunque el cazador tenga enfrente al dueño de los venados o de otro animal, nunca podrá darle muerte.

Los reyes de los animales no domesticados procuran que los humanos no cacen a sus protegidos de manera desmedida, más allá de sus necesidades de subsistencia. Si los humanos transgreden las normas de cacería por necesidad, alguna sanción, por ejemplo, una enfermedad, caerá sobre el cazador abusivo. Esta situación de control sobre la extracción de animales silvestres también se da con otros elementos de la naturaleza: las plantas, los árboles, los

ríos y las lagunas tienen su dueños. Para designar a los dueños de los recursos naturales se utilizan términos como: *amo, propietario, patrón, el mayor de la especie, guardián, protector, jefe, reina, rey, padre, madre, hermano mayor, poseedor y espíritu del bosque* (Chapman, 1982).

Muchos pobladores hondureños mantienen prácticas que evidencian una relación con los diferentes dueños de la naturaleza.



Los lencas afirman que el dueño de los cerros y de sus animales es el duende, conocido también como el *itacayo, litacayo o tacayo*. Relatan que el duende "habita en el cerro y en las cuevas y es el titular del lugar donde vive y sus alrededores, como si fuera su propietario". Antiguamente había quizás un *tacayo*, un duende, por cada cerro o montaña de cierta importancia.

Se dice que cada dueño tiene su región; es dueño de todos los animales excepto de las culebras. Los venados son la mayor categoría, como lo son para el cazador, dicen que el duende considera a los venados como "su ganado". La apariencia tradicional del duende es la de un enano con sombrero aunque puede transformarse en cualquier animal, incluso en culebra o en un hombre de estatura normal (Chapman, 1992).

El significado de la montaña

En esta historia vemos algunos elementos que son muy reales para los lencas: los duendes existen, no sólo habitan, sino que son los dueños de la montaña y de sus animales.

Podríamos hacernos la pregunta: ¿por qué los duendes están asociados con la montaña y no con centros habitados por humanos?

La montaña, para los lencas, es un lugar que atrae, lleno de anécdotas y prohibiciones. Forma parte de la experiencia y conocimientos que los individuos tienen sobre el ambiente que les rodea, pero, a la vez, es algo muy alejado de la cultura humana. La montaña pertenece a la naturaleza, se rige por sus propias leyes, y el ser humano no controla éstas ni las puede domesticar para satisfacer sus necesidades. La montaña es libre y existe con o sin el ser humano. Pero así como los humanos tenemos una organización que nos exige reconocer y cumplir con las normas sociales, la montaña también tiene su organización. Está su guardián o administrador que es el dueño y los animales que son controlados y protegidos por él.



El siguiente relato ilustra el orden de la montaña:

"Todos los cerros tienen puerta; se ubica por medio de la revelación. El duende escoge a quién le quiere dar; no se le puede pedir que revele. El cerro los lleva a la puerta, que siempre está marcada por un panal. Luego, si pasa del panal, encuentra una serpiente, luego un tigre. Pasando estas tres pruebas, ya puede atravesar el portón y entrar donde está el ganado (venados), la caballeriza y traer lo que quiera" (Travieso, 1988).

El cerro, por lo tanto, tiene su apariencia externa que es lo que los humanos ven, pero posee además, una entrada al interior del mismo en donde están, en grandes cantidades, todas sus riquezas. Las riquezas son los animales de caza apetecidos por los pobladores. Desdichadamente, sólo algunos escogidos pueden o se atreven a ingresar al centro del cerro. El que lo hace, entra a un terreno desconocido por el hombre corriendo un alto riesgo.

El ser humano concibe la naturaleza en términos de su propia cultura. La naturaleza no es concebida como un ambiente no racional compuesto por tres reinos animal, vegetal y mineral, donde las especies luchan por su sobrevivencia, sino como un conjunto organizado de seres materiales y espirituales con racionalidad similar a la del ser humano, pero con poderes superiores a los de los mortales. Los seres de la naturaleza son un espejo de la organización social, de los sentimientos, de los conflictos y deseos que gobiernan las acciones del hombre. Un ejemplo es concebir los espacios ocultos y de difícil acceso, como el interior de las montañas o el fondo de las lagu-

Cuadro 1. Datos generales de los grupos étnicos de Honduras

Nombre	Origen/ Clasificación	Nº habitantes
Lenca	Mesoamericano	90 000
Chortís	Mesoamericano	3 500
Misquitos	Circumcaribe*	35 000
Pech	Circumcaribe	1 595
Tawahkas	Circumcaribe	500
Tolupanes	Circumcaribe	10 000
Garífuna	Afrocaribeño	300 000
Población negra de habla inglesa	Afrocaribeño	20 000

* Circumcaribe es el área cultural a la que pertenecen los grupos provenientes de migraciones de Sudamérica y asentados en el Caribe y el litoral de los países que rodean el Mar Caribe.

Fuente: Rivas, 1993.

nas, como lugares que tienen en abundancia riquezas materiales codiciadas por el ser humano. Acceder a estas riquezas implica un pacto con lo desconocido en el que se introducen los términos de negociación.

Los seres materiales y espirituales de la naturaleza tienen poderes superiores a los del ser humano

Pago por el uso de los recursos naturales

El concepto de propiedad que normaliza ciertas relaciones entre humanos cumple también esta función en las relaciones entre los humanos y seres culturales de la naturaleza. Los lenca, por ejemplo, tienen procedimientos establecidos para negociar el pago de los animales con el dueño de la montaña. Las siguientes historias (Chapman, 1992) son muestra de la importancia cultural que tienen estas negociaciones:

"Un señor salía a cazar mucho, pero nunca hizo ninguna ceremonia. Después quedó como cachonado (medio tonto), porque no había hecho sus composturas a los duendes de los animales de la caza".

"Hay que pagar al duende con chicha y con jolotes. Seriega la sangre del jolote cerca de un ojo de agua. Se hace un hoyo en la tierra cerca de él y allí se hecha la sangre del jolote. Es un pago al duende. Si no lo hace uno, el duende se enoja".

El cuento menciona una ceremonia llamada compostura que realizan los indígenas para los dueños de los animales. A través de esta ceremonia el individuo que ha cazado para comer paga por ellos a su dueño para no ser penalizado.

En la zona de los lenca se observa, en cuevas aisladas de centros poblados, gran cantidad de huesos de animales. Estas cuevas son apropiadas para realizar rituales de pago a los dueños de animales que se consumen. Tienen además la creencia de que, a partir de estos huesos, sus dueños volverán a formar animales asegurando de esta manera la perpetuidad de las especies.

Relación de respeto y reciprocidad

Mantener la fertilidad de los suelos, así como la abundancia de especies en la montaña, se logra, según los lenca, cuando la relación de respeto, pago y reciprocidad con los dueños se mantenga. Don Antonio Rodríguez, de Guajiquiro, explica la razón de esta crisis en el campo agrícola: *"Hacer la veneración (compostura) es como sembrar con abono: abono es la sangre del pollo, las candelitas, el fresquito (chicha). Yo no ando con abono (químico). Si Dios me lo quiere dar, él me*



lo va a abonar. El abono es rezar - encomendar a Dios y a la Santa Tierra, hacer las veneraciones para todas las siembras: de maíz, de papas, para los frijoles, las tomateras- todo de la tierra. Ya no rinde la tierra porque ya no cree la gente en Dios. ¿Por qué se nos va acabando toda la alimentación? Porque ya no creemos en Dios" (Chapman, 1992).

Las composturas no se hacen solo para los dueños de los animales, sino también para la Santa Tierra. Ella reclama atención, respeto, reciprocidad y pago de los habitantes que la utilicen para la siembra de sus alimentos.

Conocimiento local

La relación de los habitantes con el bosque y la tierra trasciende los usos de caza y agricultura e incorpora la satisfacción de una variedad de necesidades: Los garífunas, por ejemplo, construyen las paredes de sus casas de la corteza de una palmera llamada yagua (*Roystonea* sp). Los techos los hacen de hojas de tres tipos de palmera; corozo (*Orbignya cohune*), suitea (*Geonoma* sp) y tique (*Acoelorrhapha wrightii*). El cedazo y la culebra para preparar el cazabe, alimento esencial entre ellos, lo hacen de una palma llamada belaire. El tronco del nacascal (*Prosopis juliflora*), una leguminosa que los garífunas llaman goubali, es el mejor en la fabricación de morteros y clavijas para hacer el cruce en los techos de las casas; sus frutos se queman como repelente. Todas estas plantas son silvestres; viven gracias a que existe un bosque que no ha sido muy perturbado por el ser humano.



Dependencia de la naturaleza

La cultura garífuna depende de la existencia de éstas y muchas otras plantas que se obtienen en el bosque para satisfacer sus necesidades. Su pérdida se hace presente cuando tienen que caminar muchas horas, a veces días, para



La relación de los habitantes con el bosque incorpora la satisfacción de una variedad de necesidades. Misquitos de Honduras construyen el techo de sus viviendas con tique. (Foto: I. Pérez).

conseguir los materiales necesarios para la construcción de una casa o implementos de cocina. Si no los consiguen, tienen que comprar en mercados lejanos materiales costosos e inadaptados a la zona. La compra de materiales es un problema, ya que su economía está orientada a la subsistencia.

Por otra parte, la información recogida en los pueblos sobre el valor medicinal de las plantas es un conocimiento indispensable para desarrollar mecanismos para combatir enfermedades. Los bosques son un banco importante de información.

Las culturas que dependen del conocimiento local sobre plantas medicinales reconocen que el en-

tendimiento de sus especialistas es limitado, y que ellos necesitan apoyo de seres superiores a los humanos para obtener el conocimiento y la capacidad de curar. Son claros al expresar que la capacidad de un curandero de realizar bien su trabajo depende de su conocimiento y su relación con los seres sobrenaturales, miembros de

la naturaleza, que controlan todas las plantas.

Los miskitos, localizados en el sur de Honduras, consideran que un curandero, sukia, puede curar siempre y cuando tenga la ayuda de los espíritus guardianes de las plantas, agua, truenos, en fin, guardianes de los elementos de la naturaleza. Son ellos, en primera instancia, quienes le transmiten la oración necesaria para activar ese poder de curación. Todas las plantas tienen un poder, pero también un dueño, y éste no permitirá que ese poder sea utilizado si no se le paga con la oración y el ritual adecuado, que incluye dejar una moneda al pie de la planta.



De esta manera vemos que el concepto de pago por uso de una planta del bosque cobra importancia para los miskitos de la misma forma que para los lenkas. Para los pueblos que están en una relación de dependencia con la naturaleza, el conocimiento sobre los poderes curativos de las plantas y del poder, en general de los espíritus de la naturaleza, es un saber oculto que sobrepasa la capacidad de cualquier individuo y es restringido a sus especialistas.

Mitos de origen

Para los tolupanes, primero se crearon los bosques y sus animales y de los animales se crean los seres humanos. En esta concepción de la creación es evidente que los tolupanes no se ven a ellos mismos como la especie superior de la creación. Son un grupo más, con igual derecho y necesidad de compartir el bosque que las demás criaturas, plantas y animales, que en él habitan. (Chapman, 1982).

En los mitos sobre el origen de las cosas también se dan ejemplos de que a partir de los humanos se crearon algunos animales. Los campesinos de la Campa, de descendencia lenca, relatan lo siguiente:

"Al principio del mundo, antes de la conquista de Dios, los cuchos (cerdos de monte), los mapaches, las ranas, eran gente. Durante la conquista, algunos, por no saludar a Dios, los echaron en un pozo y así fue que salieron (se convirtieron en) ranas. Otro (humano) que se llamaba Tranquilino, se encaramó en un palo porque no quiso ver a Dios y éste se hizo mapache, él con toda su familia. El que iba a ser cuche se encerró en su casa y cuando vino Dios y preguntó quién estaba adentro, el mozo (el muchacho) que estaba adentro dijo que no había nadie, sino puros cuchos,

para quedar escondido. Dios respondió, cuchos serán entonces, para el provecho de mis hijos" (Chapman, 1992).

Uno de los mensajes que se puede extraer de este cuento es que algunos animales del bosque fueron humanos, fueron gente, por lo tanto, hay que relacionarse con ellos de la misma forma que lo haríamos con un hermano.

La función de las creencias

Si comparamos al ser humano con los otros animales de la naturaleza, no dudaríamos en calificarlo como el gran depredador. Las creencias o mitos de los pueblos cazadores, recolectores y agricultores que aún mantienen una estrecha relación con el bosque y la naturaleza, cumplen la función de frenar la extracción desmedida de éstos. Los mitos definen normas de conducta, explican las relaciones que el ser humano debe tener con la naturaleza y con sus semejantes. Los mitos que se han analizado no prohíben la extracción de los recursos, sólo la condicionan a ciertos criterios.

El criterio más evidente es el moral. El ser humano no tiene el derecho de extraer, sin límites, los recursos naturales. Además, las acciones humanas influyen negativamente en la organización de la naturaleza. En este contexto llama la atención que éste concepto popular es parecido a las ideas científicas sobre el equilibrio ecológico.

El criterio de reciprocidad también está presente. Debe existir esta relación entre las acciones del hombre y la naturaleza. Esta relación permitirá, a largo plazo, que las acciones del ser humano sean sostenibles, que existan frenos a su extracción.

Debemos recordar que cuando se cortan los bosques, se agotan las fuentes de agua y combustible, pero también todas las cortezas, árboles y plantas necesarias para la construcción de las casas y elaboración de utensilios domésticos. Se pierden fuentes de alimento animal y vegetal. Se pierden medicinas que han mantenido la salud del pueblo hondureño por siglos. Se pierden conocimientos, pues es poca la información que tenemos sobre los usos, reproducción y comportamiento general de una gran parte de árboles que crecen en bosques latifoliados.

Por último, se pierde cultura, la forma específica que tienen muchos hondureños de relacionarse y entender el bosque. Se pierde la relación moral y de reciprocidad y se pierden todos aquellos guardianes, los dueños y los duendes, de los recursos naturales.

Isabel Pérez
Departamento de Desarrollo Rural
Escuela Agrícola Panamericana El Zamorano
Tegucigalpa, Honduras
Tel: (504) 76 6140
Fax: (504) 76 6240

Nota de la Editora: El artículo se basa en una charla presentada el 24 de marzo de 1994 en el Primer Encuentro de Técnicos Extensionistas miembros de la Red del Proyecto Madeleña-3, organizado en la Escuela Nacional de Ciencias Forestales (ESNACIFOR) de Honduras.

Literatura citada

- CHAPMAN, A. 1992. Los hijos del Copal y la Candela: ritos agrarios y tradición oral de los Lenkas de Honduras. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. 300 p.
- . 1982. Los hijos de la muerte: el universo mítico de los Tolupanes-Jicaques de Honduras. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia. 324 p.
- RIVAS, R. 1993. Pueblos indígenas y garífunas de Honduras. Tegucigalpa, Honduras. Editorial Guaymuras y SNV. 492 p.
- TRAVIESO, J. 1988. Notas de campo. Yamaranguila, Honduras. Sin publicar.